

El Lobo y Caperucita

Daniel I

Image not found.

Capítulo 1

Primera Parte: El Embrujo.

He decidido escribir este relato porque he guardado silencio durante mucho, mucho, tiempo. He callado intentando seguir mis principios y ser un caballero, he callado intentando guardar su dignidad. Pero me pesa el alma, no es justo que todos te juzguen sin conocerte, sólo porque han escuchado una versión de la historia... Su historia me ha condenado a la soledad, al exilio. Y, no es justo tampoco, que ella niegue todo lo bueno que sucedió en esos días.

Mi nombre es Vlad, pero me conocen como "El lobo". Este singular apodo se les ocurrió a mis compañeros de universidad por mi forma de vestir y actuar. Siempre he preferido ir totalmente de negro, esto sumado a mi barba negra, los múltiples tatuajes en mi cuerpo y mi cabello despeinado, me confiere un look bastante "salvaje y misterioso", o por lo menos eso decían molestando mis amigos. Por otro lado, aunque siempre he sucumbido ante el atractivo de la soledad, tuve grandes amistades a las que les rendí mi lealtad incondicional.

Nuestra historia, la de ella y yo, tuvo sus inicios un viernes. Curiosamente, en una noche de luna llena. Era el último día de clases en la facultad, y se daba inicio a las últimas vacaciones como universitarios; después de ellas vendría el grado y todos seguiríamos nuestros respectivos caminos: el mundo laboral, el mundo académico, el mundo familiar... la realización o la dejación de nuestros sueños...

Me encontraba en la cafetería revisando el documento final sobre una investigación que estaba realizando, cuando escuché una voz conocida:

-!Vlad! ¿Vas esta noche, cierto? Es la última fiesta como semestre... - Me preguntó, Verónica, quien era una de mis amigas más cercanas.

-No lo sé, Vero. Estoy molido, ha sido una semana de mierda. - Respondí algo cansado, porque a pesar de que me moría de ganas por ir a bailar, no me apetecía salir con todos mis compañeros de semestre sino sólo con mi grupo de amigos.

-!NO! !No te puedes negar! !Vamos a ir! - Ella cruzó los brazos sobre su pecho y frunció el ceño. - ¿Dónde quedó nuestro pacto, wingman?

Suspiré y negué con la cabeza, la miré con ojos de borrego a medio morir esperando que se compadeciera de mí. Alzó la ceja y entrecerró aún más los ojos. - No te atrevas a dejarme sola hoy. Esta noche quiero ligarme a

una chica linda, y a ti también te vendría bien. El lobo anda muy solitario últimamente- Su tono no daba pie a negativas. Volví a suspirar, me quité los anteojos, restregué mis ojos y la miré fijamente. - Está bien, wingman. Esta noche nos vamos de cacería -. Le dije con una media sonrisa, cuando se trataba de ese tipo de planes con tanta gente involucrada una extraña sensación de vacío me embargaba. Vero no lo notó o tal vez no quiso hacerlo y empezó a saltar por todo el lugar. -!El lobo se va de cacería! - Gritó un par de veces antes de salir de la instancia, recuerdo sentir todas las miradas sobre mí, en ese momento sólo sonreí. Esa chica estaba loca.

Llegada la noche, luego de una merecida siesta, recuperé la conciencia gracias al estruendoso y molesto sonido del despertador. Instantáneamente se me vino a la mente la imagen de Verónica gritando "El lobo se va de cacería", y con esto, por excéntrico que parezca, la ronda infantil que los niños y niñas solían jugar en el kindergarten: "Juguemos en el bosque mientras el lobo está ¿El lobo está?". Mientras me duchaba y posteriormente me ataviaba no podía dejar de tararear la canción infantil. Finalmente, al salir de mi apartamento, estando en el ascensor panorámico miré al cielo de manera instintiva, una bonita luna llena exhibía sus rayos plateados sobre la ciudad. Desde niño caía en un hechizo hipnótico al contemplar tan magnífica visión, deseaba con todas mis fuerzas ser Endimión para que Selene descendiera y me besara. Llámelo agüero, idea delirante o como quieran, pero en la fase de luna llena nada puede salir mal para mí.

Luego de que nuestro chofer, un hombre más allá de la mediana edad a quien contratábamos en nuestras noches de alcohol y desenfreno, hiciera ruta casa por casa llegamos al bar. El sitio estaba a su máxima capacidad, gran parte de la concurrencia eran compañeros de la carrera con sus respectivos combos de amigos y/o parejas. Saludé a los que me crucé de frente, ignorando al resto, me ubiqué en la mesa con Verónica y nuestros amigos y amigas. Como era costumbre nos acompañaba una botella de vodka y una de jugo de naranja; aunque, por mi parte únicamente tomo el trago puro, ya que no me agradan mucho los sabores dulzones. Nos servimos el primero de la noche y siguiendo nuestra tradición, lo tomamos fondo blanco, sentí el líquido bajar quemando las paredes de mi garganta "que bien se siente" pensé. Hablábamos sobre lo que suponíamos nos depararía el destino, entre risas y un par de lágrimas por la juventud y los buenos momentos que estábamos obligados a dejar atrás. Entonces, la vi entrar. Primero percibí su silueta estilizada, su andar cadencioso, tan sigiloso como el de un felino, la observé fijamente... sus labios rojos a juego con su gabardina. Debo admitir que por un segundo olvidé respirar. Sabía que no era el único que la admiraba, ella había entrado y con su presencia su embrujo había caído sobre nosotros. Sentí mi propio lenguaje corporal cambiar, como el de un cazador cuando ha visto su presa. Verónica se percató de esto - La primera regla de un buen wingman: el que primero lo ve, primero lo reclama-. Me susurró al oído mientras me

daba una palmadita en el hombro. Yo solo seguía con la mirada a la mujer que acababa de entrar, se sentó en el rincón contrario al de nosotros junto a un grupo que no conocíamos. Tomé otro trago e invité a bailar a Verónica mientras dejaba que un tiempo prudente transcurriera para acercarme a ella. -Sería gracioso que su interés estuviese en lo femenino y no en lo masculino - Bromeó mi wingman. -Ya lo sabremos- Le respondí. En el transcurso de un par de canciones observamos cómo los pretendientes que se le acercaban eran rechazados con gestos amables. - Quizá yo tenga razón - Comentó Verónica mientras regresábamos a la mesa por otro par de tragos. Sonreí retador - Mi gayradar no suena en esa dirección - Respondí con suficiencia. Mi amiga se rió - Tal vez está atrofiado, querido, hace mucho no lo usas - Me contestó. - Te reto - Le dije. Todos en la mesa nos miraban expectantes. Verónica se humedeció los labios, miró en dirección a ella, se acomodó el brazier y el cabello, y caminó con paso seguro en su dirección. Yo sólo observaba paciente. Vero apoyó su brazo derecho sobre la mesa quedando prácticamente frente a ella, ladeó un poco su cabeza exponiendo su cuello y mientras jugueteaba con su pelo, cruzó un par de palabras con la chica. Regresó a la mesa con su ceja levantada. - No, no está interesada en bailar conmigo - Nos dijo mientras se servía otro trago. - Pero, me preguntó si mi amigo el de negro, el despeinado, era gay - Todos me miraban, me terminé el trago que quedaba en mi vaso. - ¿Qué le dijiste? - Me había puesto un poco ansioso - La verdad, que te interesaban los hombres en igual proporción que las mujeres. - Quería ahorcar a Verónica, no le correspondía decirle eso. Apreté con fuerza mi puño. - Y que no sabía si estabas interesado en sacarla a bailar - Agregó. -¿Estás loca, mujer? ¿Qué tipo de compañero de ligue eres? - Yo estaba a punto de perder la compostura. Verónica sólo me miró calmadamente - La mejor - Me respondió con seguridad y miró por encima de su hombro en dirección a la otra mesa - No te ha quitado la mirada de encima - Miré disimuladamente, la loca de mi amiga tenía razón. - Bueno, que esperas, ve a por ella...- Ahora era mi wingman quien me retaba. -No todavía - Fue mi respuesta mientras hacía contacto visual con la chica de los labios rojos, le guiñé un ojo y seguí hablando con mi gente. Después de un par de canciones sonó una bachata -"perfecto"-, pensé. Me levanté de la mesa y me dirigí hacia ella. Su cabello castaño oscuro provocaba que su tez blanca resaltara, parecía salida de algún cuento de hadas. No dije una sola palabra, ella tampoco, sólo extendí mi mano y la invité a bailar. Aceptó.

Nos fuimos a la mitad de la pista, bailaba muy bien, sentía sus caderas moverse, entre mis manos, de manera seductora. Sus ojos no se despegaban de los míos, eran grises como las mañanas de invierno. El Dj cambió de canción, otro ritmo latino, lento y sensual; le di la vuelta haciendo que su espalda quedara pegada sobre mi torso, su respiración agitada me decía que también se estaba calentando. Todos sus movimientos me hablaban, me arriesgué, le mordí suavemente la oreja, y se estremeció entre mis brazos. Deslicé mis labios sobre su cuello, despacio, con calma, mientras nos seguíamos moviendo al ritmo de la

música. La volví a tener de frente, coloqué mi mano derecha sobre su espalda baja y la sujeté con fuerza contra mí, con mi mano izquierda aparté su cabello y lo tomé con firmeza pero sin lastimarla, incliné mi rostro y con mi nariz seguí el camino de su carótida, olfateando el rastro de su perfume. Posé mis labios sobre su piel, recorrí de nuevo ese camino con mi lengua, ahora era ella quien agarraba mi cabello. Subí hasta su mentón y ella buscó desesperada mi boca. Había retrasado el beso a propósito, quería que fuera ella quien lo buscara con ansias, y así fue. Nos besamos, mordí suavemente su labio inferior y le volví a dar la vuelta; tomé sus manos y las coloqué sobre su cabeza, hice que desde ahí se deslizaran, guiadas por las mías, por su sinuoso y provocativo cuerpo. Me detuve intencionalmente en sus senos, que acaricié fugazmente, comprobando que sus pezones estaban totalmente erectos, su respuesta fue pegar su pelvis más a mí. No sé cuánto tiempo estuvimos en esa tónica, pero fueron muchas canciones las que pasaron en nuestra íntima y momentánea eternidad. Nadie dijo nada, solo nuestros cuerpos verbalizaban el deseo.

-Perdón por interrumpir - Escuché una voz a mi lado. Quería pegarle a quien fuera por cortar ese momento. Me giré para responder, era Vero. - Ya llegaron por nosotros-.

"!Vida triste!" pensé - Ok. Dame 5 - Fue lo único que dije. Conocía la regla, porque fui yo quien la instauró luego de la infortunada desaparición de un compañero tras una rumba: 'llegamos en manada, nos vamos en manada'. "A mala hora se me ocurrió tremenda estupidez" me auto-recriminé. Como mencioné anteriormente, no crucé palabra alguna con la dama, no sabía su nombre ni nada de ella; así que saqué mi celular, abrí el directorio y puse la opción de agregar nuevo contacto, le pasé el aparato electrónico y ella tecleó algo. Yo me quise despedir con un beso en la mejilla, a modo de agradecimiento por el agradable rato que acabábamos de pasar, sin embargo, ella tenía algo muy diferente en mente... me tomó por la nuca y me besó en los labios, luego me guiñó el ojo y se retiró.

De camino al carro donde nos esperaba el chofer, revisé mi celular, el único nuevo contacto que tenía era uno guardado como "caperucita".

Así fue como ella irrumpió en mi vida...